AÑO LII — Jueves 11 de Enero de 1912 — Núm. 15048

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses 1'50 id. —La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George R. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalémer Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

¡EL PÍCARO GORDO...!

A los niños de tres ó cuatro años, y cuando buscamos en ellos una sonrisa, les decimos aquello tan antiguo de... éste compró un huevo, éste le guisó, éste le puso sal, éste lo partió y este pícaro gordo... se lo comió... Esta gracia, siempre resulta, siempre es un éxito; ellos tienden sus manitas de nuevo y nosotros, con el niño en las rodillas, cojemos su dedo meñique que parece de raso y pétalos de rosa, y pacientemente empezamos otra vez... Este compró un huevo... y así hasta terminar con aquello de... ¡este pícaro gordo se lo comió...

∴

Cuando he leido en EL ECO DE CARTAGENA los artículos "¿Vamos á trabajar?", "Trabajemos" y "En marcha" escritos por tres queridísimos amigos, he recordado el ligero cuento infantil... éste compró un huevo, éste lo guisó, éste le puso sal... y he sentido el deseo de contaros quien es el *pícaro gordo* que se tragará vuestras ideas vuestras iniciativas, vuestras energías, vuestras aptitudes y vuestros altruismos.

Este *pícaro gordo*... es un monstruo espantoso, un monstruo de tres cabezas, como los que campan, en los carteles del ciégo de los romances siniestros. Su cuerpo, es escamoso y ondulante; sus garras, son hilos invisibles y pegajosos, largos y tenues como tela de araña. Hilos que nos oprimen, que nos envuelven, que nos ahogan, sin ofrecer la resistencia del obstáculo que se vence, sin la rudeza del arma que hiere ó del arma que mata; algo inexplicable que nos aturde, que nos molesta, que nos deprime, débil, muy débilmente, si quereis; pero con la constancia de la gota de agua que horada la roca, con la misma constancia que la sombra negra de la intrusa nos espera sentada al final del camino de nuestra vida.

El monstruo tiene tres cabezas. Tres centros formidables de donde parten las ideas que animan sus garras untosas. El monstruo os espera, el monstruo os vigila, con sus *seis* ojos: los dos amarillos de la *envidia*, los dos blancos inexpresivos de la *pereza*, y los rojos sangrientos del *ridículo*; y cuando vosotros, obedeciendo á la suprema voz de la conciencia, empeceis á laborar con el pensamiento en alto y la vista lejos, soñando con el placer divino de hacer el bien por el gusto de hacerlo, el monstruo, el *pícaro gordo* que se lo come todo, cerrará vuestro paso con su tela. De sus ojos *amarillos*, nacerá la calumnia; de sus ojos *blancos*, nacerá la apatía, la pereza de la vida oficial; y los ojos sangrientos del ridículo, harán llegar hasta vosotros, el chiste, el chiste, chiste que será, una gota de amargura vertida entre risas, en vuestras almas honradas.

∴

Suponed, queridísimos amigos, que de vosotros nació la idea—yo no la discuto—con ser vuestra, es buena. No penseis que van á surgir á vuestra idea enemigos formidables, obstáculos invencibles... Nó y cien veces nó; sería una torpeza oponer una fuerza á vuestra fuerza... Todo serán facilidades, elogios...

No llegáreis á un centro, ni asomaréis á las puertas de la vida oficial, una sola vez, que no encontreis apoyo, pensamientos que completan el vuestro, apretones de mano, discursos... todo lo *externo*, acabado, correcto y afectuoso; pero... acordáos de mí; la tela, la odiosa tela de los hilos ténues, la va tegiendo el mónstruo, calladamente, y sus hilos van minando vuestra actividad, y obscureciendo la luz que os guía, sin que sus sedas pegajosas os rocen la cara; pero os sentiréis su frío cuando os aprisione el alma entre sus garras.

∴

No es mi ánimo, compañeros en ideas, deciros con esto que abandoneis la lucha; es deciros, que para salir á luchar, no debéis salir con vuestra honradez y vuestro altruismo como únicas armas. Es deciros que vuestro escudo no es fuerte, aunque ostente el BIEN como lema. Es deciros, que es preciso salir con el látigo de la sinceridad, el único capaz de amendrantrar al monstruo, fustigar á los dormidos egoistas, y, á latigazos desenmascarar tontos, y romper los anillos de los *hombres serios*, paladines de la maldad soberana. Salid; pero salid, así, con esos arrestos, y si no los tenéis, contentaros con soñar; seguid soñando, porque vuestra salida, será una más, una de tantas, que veremos alumbrada por la sangrienta luz del ridículo.

∴

Esta noche cuando veais á vuestros hijos pequeños, acordaos de mí, contadles *aquello*,—yo os aseguro que es de exito brillante,—Este compró un huevo y este lo guisó... y este *pícaro gordo* se lo comió; y vereis como se rie el niño, porque siempre, hasta en los niños, produce un gozo inefable eso de que un *pícaro gordo*, se comió las ideas nobles, las ideas desinteresadas... Así es la humanidad.

M. N. P.

HUNDIMIENTO

Madrid 11-9 m.

Se ha recibido un telegrama de Córdoba, dando cuenta de un degraciado suceso.

En la calle de Albornoz, se hundió una casa.

Habitaba en ella, la familia de Manuel Castro, compuesta de esposa y cinco hijos.

Se desplomaron dos pisos, produciendose pánico inmenso en el vecindario.

Organizados los trabajos de salvamento, fueron extraidos de entre los escombros, un niño de dos meses muerto y otro de alguna más edad, herido gravemente.

¡IMPOSIBLE!

Podrán negarme tus hermosos ojos
La luz que mi existencia iluminó,
Y negarme tus labios su sonrisa
Y el acento armonioso de tu voz.
¡De tu voz, que cual música del cielo,
Endulzaba mis horas de dolor!
Podrás borrar, allá en tu pensamiento,
La imagen que recuerda esta pasión
Y borrar las huellas que en tu pecho
Al caminar por él, dejó mi amor
Más ¿cómo el mar, los rastros de su furia,
Borrar cuánto ha existido entre los dos?..
¡Imposible! No trates de engañarte
Ni engañarme con cínica ficción.
Qué, de aquellas promesas tan sagradas;
De aquello que ha existido entre los dos.
Queda: en tu alma, el remordimiento,
Y en mis labios, un grito de dolor.

Hernán del Valle

DE SOCIEDAD

Se encuentra enferma, aunque afortunadamente no de gravedad, la distinguida señora de nuestro respetable amigo D. Nicolás Berizo.

Celebraremos que la enferma obtenga en breve una completa mejoría.

Tambien saldrá en dicho tren con dirección á la corte, nuestro no menos querido amigo el ilustrado letrado don Juan Josquera.

Deseamos que efectúen un buen viaje y feliz regreso.

—Procedente de Larache hemos tenido el gusto de saludar en esta á nuestro querido amigo y paisano, el oficial de Infantería de Marina, D. Luis Sanz de Andino y Pera.

—Después de haber permanecido una corta temporada en la Corte, hemos tenido el gusto de saludar hoy á nuestro querido amigo y contertulio el ilustrado ingeniero de minas, don Gabriel López Bienert.

—Nuestro querido amigo y paisano, el capitán de la Guardia Civil, D. Fulgencio Gómez Carrión, actualmente en Melilla, ha sido destinado á la Comandancia de Alicante.

AL MARGEN DE LA VIDA

Si hay en el mundo un escritor más indecoroso que D. Annunzio en la explotación del reclamo, ese escritor es Edmundo Rostand. Edmundo Rostand tiene de su gloria el mismo concepto que un productor de sustancias alimenticias tendría de su marca de fábrica. No se limita á explotarla con una habilidad que hace honor á un espíritu mercantil; quiere convertirla en una propiedad transmisible por herencia, de la que indefinidamente gocen sus hijos sucesores. La propiedad de una obra literaria parecía hasta ahora, natural que se heredase; la propiedad del genio productor de obras literarias, nó. Pues Rostand ha venido á cambiar toda nuestra ideología en la materia; por una especie de radio-actividad poética hace ya algunos años logró encender en el espíritu de su esposa un entusiasmo lírico que se condensó en algunos poemas inofensivos. Ahora es uno de sus hijos, Mauricio, casi un efebo, el que usufructúa las columnas de los diario de Paris. Mauricio y su mamá han escrito una pequeña comedia. ¡Así, casi nada, una comedia para niños!—dicen ambos modestamente. Pero los peródicos no les dejan—ó mejor dicho, no nos dejan—reposar un instante. Madame Rostand explica la génesis de la obra, en intervíus que huelen á esencias de tocador. El niño [illegible] detalles interesantes. Y de todo esto se ha creado una literatura meliflua, hecha de ditirambos de la crítica que admira el talento de ambos colaboradores, de elogios de Mauricio y de su mamá que están muy agradecidos á la crítica; de la gentileza del talle de Mauricio, y de las plumas del sombrero de la mamá de Mauricio.

¿Es que el producto final de Rostand—me diréis—no puede ser un niño prodigio? Sí, sí seguramente. Aunque al paso que van las cosas y las revistas donde todos los días aparece el retrato de un maravilloso artista precoz, el niño prodigio del porvenir será el que no sepa hacer absolutamente nada extraordinario.

—¿Ve usted este niño?—nos dirá el padre, rebosante de orgullo—pues es un verdadero asombro, algo excepcional y original. Aquí donde lo tiene usted no toca el piano, ni violín, ni hace versos, ni sabe matemáticas. Y lo contemplaremos encantados al comprobar que la humanidad rajasna en él á sus quinces normales.

Pero el niño de Rostand, mientras nos hacemos de [illegible] si es prodigio [illegible] nombre paterno [illegible] tales que á un tado los descendiente de Moliéros y Ríos pueden [illegible] huérfanos sin amparo. Ni más ni menos que [illegible] cualquiera, los periodistas de París, le preguntan sus opiniones respecto de todas las cosas divinas y humanas; el admirab e Mauricio las expone con un japlomo realmente desconcertante, «Oil Blas» las reproduce con grandes titulares, bajo las que en vano querría buscarse un asomo de ironía: "Mr. Mauricio Rostand ama á París, á los poetas y á los filósofos". Opiniones originales y profundas, como veréis.

—Yo amo los salones—dice como una muchacha recién puesta de largo;—gusto de ellos casi tanto como de los bosques, de las praderas y de los viajes. Amo á París donde se encuentran poetas ingénuos y poetas orgullosos. París en invierno parece tener más fiebre. Son los teatros, son las calles más tumultuosas, más estrechas, más misteriosas con la niebla, cuando empiezan á encenderse las luces, como grandes gusanos luminosos. Entonces se entra en el salón caliente donde hay thé y libros...

Luego, para completar esas impresiones que solo algún descontento tachará de ridículas y de triviales, expone: Quiero admirar, quiero comprender. Cada mujer me evoca un paisaje y cada mirada un cielo.

En fin, lleno de condescendencia, declara que Nietzche tenía genio; que D'Annunzio personalmente le divierte y que su obra le encanta; que Bertein y Henri Bataille son seres estimables; que los poetas Shelley y Keats son algo así como hermanos suyos, por su sensibilidad aristocrática...

En el fondo de todo eso, que un temperamento irritable calificaría de estúpido, hay una enseñanza que sacar á flote; la necesidad, en que este país democrático se encuentra, de crear aristocracias hereditarias. Ella es más fuerte que las leyes, que las preo-

en nuestros días, en el mismo sitio en que aquel santo varón vivió luengos años después de su destierro de la corte del rey de Francia, su pariente.

En la madrugada de aquel dia notábase gran movimiento entre la servidumbre de la casa que Nicolás Garre poseia en su heredad de San Juan hermoso y extenso edificio cuya arquitectura traia reminicencia, de la dominación goda, y que fué en siglos anteriores monasterio de frailes campuchinos.

Antes de despuntar el dia salió de aquella casa un elegante litera soportada por dos corpulentas mulas, en la cual iba Zara acompañada de una dueña setentona.

El prendido y el traje de la joven, eran sencillos y severos, pero aún así resaltaba en ellos, un gusto elegante y selecto.

La litera atravesó los cerros, vallejos y barrancos que forman las estivaciones de Sierra Gorda y al llegar á una antigua venta que en aquel tiempo se levantaba frente al lugar de los Alumbres, y en cuyo muro se ostentaban dos escudos de piedra pertenecientes al duque de Fundona y al marqués de Velez, que compartía el señorío de aquel lugar y de sus minas, salió de aquel edificio y se unió á Zara el hidalgo Nicolás, que allí esperaba acompa-

ma bella forma en que fué construido y alhajado, al bien la incuria del siglo en la conservación de esta clase de monumentos, ha borrado muchos de talles artísticos de nobleza.

Creemos que no disgustará á nuestros amables lectores, sobre todo si son cartageneros, y por consiguiente conocedores de los recuerdos gráficos que ha legado la historia, y la tradición de una de las poblaciones más antiguas y más importante de España; no debe disgustarle, repetimos el conocer la descripción del notable monumento de que nos ocupamos, que han visitado nuestros antepasados con la piedad y la alegría que aún nosotros sentíamos en nuestra tierna juventud. Tal descripción es la de contemporáneo de los sucesos de esta historia. Nos referimos al sabio historiador murciano Francisco de Cascales, que en aquel tiempo habitaba en Cartagena subvencionado por el Concejo de la ciudad para enseñar humanidades á sus hijos.

He aquí la descripción:

«La fachada de la casa es humilde y en cierto modo bronca; promete poco y dá mucho, que si las paredes son (aunque largas y fuertes) poco levantadas, luego en entrando por la puerta, pisamos un patio bien cuadrado, con muchos y espesos naranjos enanos, dispuestos á cuarteles, que

desvanecidas las calumnias que dieron lugar á su destierro, le llamó á su lado, y después de recorrer un largo camino de virtudes murió á una edad muy avanzada, en el monasterio de Corveya.

Medio siglo después, unos monges franceses edificaron un convento en el mismo sitio, en el Santo Giñés habitó pasado tantos años dedicado á una vida ascética y contemplativa, y en una capilla que labraron y que aún existe hoy, depositaron los restos del Santo y le consagraron el culto que la iglesia dedica á sus varones escogidos.

Transcurrieron los siglos y la dominación musulmana tan calumniada por su intransigencia en materias de fé, respetó los restos de San Ginés, hasta la reconquista del Reino de Murcia en tiempos del rey Sabio, y los nuevos señores restauraron el ruinoso convento y establecieron en él una comunidad de frailes agustinos.

Después, en los últimos años del siglo VI, la piedad de un poderoso señor, el ínclito D. Juan Chacón enlazado á la ilustre familia de los marqueses de los Velez, siendo adelantado del reino de Murcia reedificó el convento de una manera suntuosa y á poco el mesitísimo D. Fray Diego de Arce, obispo de Cassano, fundó un hermoso templo que aún aparece á nuestras miradas en la mis-